

sos y atribulados: ¡gran Santo, héroe ilustre, glorioso ministro de la Providencia, Vicente de Paul! desde ese trono que dos siglos há ocupáis en la Corte del Dios vivo; desde esa patria, donde gozáis la recompensa infinita de vuestras virtudes; desde esa mansion de la dicha, donde no tienen entrada el luto, el quejido, el dolor, las lágrimas, donde todo es gozar y nada padecer, dirigid una mirada compasiva, tierna y eficaz hácia este desgraciado pueblo, que gime bajo el yugo de todas las desdichas, que ha sido la víctima de todas las pasiones, que sufre las consecuencias de todos los extravíos, que hasta las heces apura el cáliz del dolor, que siente la postracion de todas sus fuerzas morales, que yace sin movimiento y casi sin vida en los bordes del sepulcro: interesad en favor suyo la misericordia del Señor: rogad incesantemente por él, y alcanzadle con vuestra intercesion poderosa el término de todas sus desgracias, el recobro de la paz perdida, el renacimiento de la virtud, y el que sus miembros todos, incorporados otra vez en los rectos caminos que ella traza, continuemos nuestra carrera sin extravío hasta entrar en el dichoso gremio á que pertenecéis como uno de los mas acrisolados amantes de Jesucristo y de los héroes mas ilustres de la religion.

SERMON

SOBRE LA

PERSEVERANCIA CRISTIANA,

PREDICADO

EN EL ULTIMO DIA DE UNOS EJERCICIOS ESPIRITUALES.

Jam vos mundi estis, propter sermonem quem locutus sum vobis. Manete in me, et ego in vobis.

Ya vosotros estáis limpios, en virtud de la doctrina que os he predicado. Permaneced en mí; que yo permaneceré en vosotros.

San Juan, cap. XV, vv. 3 y 4.

HERMANOS MIOS:

En el periodo breve de tiempo que hemos dedicado todos á este santo retiro, hemos recorrido un espacio sin límites, hemos subido al cielo, visitado el erbe, descendido al abismo, y lo que es más, registrado con la triple antorcha de la fe, del temor y la esperanza las misteriosas é inaccesibles regiones de nuestro corazon. Las graves y profundas reflexiones de la soledad han hecho aparecer á la vista de nuestras almas otro mundo, otros hombres, otros destinos. Envolutos en las olas de un siglo degradado y corrompido, nos divertiamos sin inquietud cortando las flores que brotan en las márgenes de la vida. Nos habian ocupado con interes el esplendor de las riquezas, el fausto soberbio de los honores, y qué sé yo, si tambien los criminales y vergonzosos placeres de la carne y de la sangre. Agitados por el viento de la prosperidad, jamas habiamos querido contemplar el espectáculo del dolor y la miseria: perseguidos por la tribulacion, nunca nos resolvimos á consagrarla en las aras augustas del arrepentimiento: siempre ciegos y adormecidos en la cul-

pa, ni habíamos calculado sus funestos y deplorables efectos, ni consultado, para conocerlos, al oráculo infalible de la verdadera sabiduría: parecía que los siglos estaban pendientes de nuestros labios, y que ya se habían abolido para siempre las leyes eternas y divinas que fijan el término del individuo, y distribuyen irrevocablemente en dos grandes pero muy desiguales porciones la última y perdurable condición de toda la especie humana. Tal, católicos, era el sistema que determinaba nuestra conducta y que arreglaba y dirigía el curso de nuestros proyectos y de nuestras esperanzas, cuando una fuerza desconocida, misteriosa, pero soberana é irresistible, nos detiene en la fatal carrera, corta nuestras relaciones, suspende nuestros negocios, y nos conduce aquí sin otra comitiva que las memorias de una vida criminal, la luz de la reflexión y el tribunal severo de la conciencia. Solos, abandonados á nosotros mismos, hundidos en la noche de nuestros pensamientos, una voz que nos recuerda nuestro fin, nos hace estremecer. No hai medio: ó con Dios, ó contra Dios: ó una eternidad feliz, ó una eternidad desgraciada.—¿Cuál será pues mi suerte? se decía cada uno de nosotros á sí mismo; y á esta pregunta solo respondieron la experiencia de lo pasado y la suerte de todos los pueblos. Descorrióse el velo de los siglos y las naciones, y el objeto dominante en todas las escenas del tiempo era el pecado vertiendo á torrentes el mal por cuantos paisajes visita el sol en su dilatada carrera. El ángel del Señor arrojando del Paraíso á nuestros primeros padres proseritos por su desobediencia; la muerte tomando posesion de la tierra por la mano de Cain; el cielo bajando á torrentes á devorar las generaciones, consumiendo despues y reduciendo á cenizas las ciudades delinquentes; los pueblos todos ágitados por la guerra, devorados por el hambre, perseguidos por los elementos, anunciando siempre decrepitud y ruina; el hombre rabiosamente despedazado por sus propios crímenes, presa del dolor y la miseria, patrimonio de la muerte: he aquí el pecado y sus efectos; “el pecado os deciais, que me ha poseido, el pecado que hace mis delicias, que habita en mí, como Señor absoluto de todo mi sér. ¿Cuál será pues mi suerte? ¡Oh eternidad! ¡piélagos insondables! ¡region misteriosa! ¡abismo profundo, que el ojo no mide ni la razon humana comprende! ¡Oh nombre, grato y horrible al mismo tiempo! ¿Cuál será pues mi suerte?”—Dios, hermanos míos, permite que cargue sobre nosotros el dolor y el remordimiento; pero, á fin de que la desesperación no se apodere de nuestras almas en este sitio donde nos reunió para convertirnos, tiende presto hácia nosotros los tiernos y paternales brazos de su misericordia, se digna obsequiarnos otra vez con el dulce título de *hijos*, y convierte nes-

tros ojos á la montaña santa, donde la Gran Víctima pagó con su sangre pura la inmensa deuda de todas las generaciones. ¡Qué sucedió entónces, hermanos míos? Díganlo estos muros santos que nos rodean, testigos fieles de los gemidos, de los deseos ardientes de nuestro corazon. La gracia bajó á nuestras almas, como el puro rocío de los cielos; y desde el pavimento augusto de este santuario se elevaron juntas hasta el trono de las misericordias nuestras lágrimas copiosas y nuestras plegarias humildes. Una piadosa confianza nos condujo á la piscina celestial; y hoy mismo, que nos reunimos aquí para instar de nuevo á nuestro Padre por el perdón de nuestras culpas, una voz dulcísima y penetrante, que sale de ese tabernáculo, nos dice á nosotros, como en otro tiempo á los apóstoles en la primera celebracion de la nueva pascua: “Limpios estáis, porque he hablado eficazmente á vuestro corazon:” *Jam vos mundi estis, propter sermonem quem locutus sum vobis.*

Y qué, Dios mio, ¡puedo yo dar crédito á mis ojos en la ocasion presente? ¿me hallo en efecto restituído á la posesion carísima de vuestro amor infinito? ¿estoi otra vez cubierto con la égida omnipotente de vuestra gracia? ¿no es un último delirio de mi vanidad y de mi orgullo el creerme de nuevo incorporado en la sociedad predilecta que atrae aun hácia la tierra vuestras miradas tiernas y amorosas? ¡Oh prodigio inefable de bondad y misericordia!

Católicos, acabamos de hacer en este sitio respetable una posa en la carrera de la vida; mañana seguiremos nuestro camino para la eternidad. Muy pronto llegaremos al término comun; pero, ¿será para entrar en la tierra prometida? Hé aquí una cuestion la mas importante, por cierto, pero cuya solucion depende en gran parte de vosotros. ¡Habéis de conservar siempre el rico tesoro que Dios ha puesto en vuestras manos? pues alegráos en buena hora, y esperad tranquilos la tremenda cita de vuestro juez. ¿Le arrojareis de nuevo, como una carga insoportable? pues temblad entónces, porque vuestra pérdida es infalible.

¿Y de qué servirán tantos desvelos y fatigas, tantos votos reiterados, tantas súplicas humildes, tan serios desengaños, si no hemos de salir de aquí á santificar el resto de nuestra vida? ¿Tendremos tan poca fe, que hayamos de ver muy pronto marchitarse la flor de la esperanza? ¿Sacaremos de este lugar santo un nuevo y mas terrible cargo que agrave nuestra causa, y haga mas intensa nuestra pena en la eternidad? ¿Tomarán posesion otra vez de nuestras almas, recientemente purificadas con la Sangre preciosa de Jesucristo, los antiguos afectos y los hábitos malignos que tanto rubor nos causaron en la presencia soberana de nuestro buen Padre? ¿Siempre

favorecidos, siempre ingratos, y al fin réprobos? Hé aquí, católicos, las cuestiones que naturalmente fluyen de nuestro presente estado. ¿Qué asunto, pues, mas conforme á nuestros intereses eternos, mas digno de vuestras almas, puedo elegir hoy que la perseverancia cristiana? Ella es la piedra de toque en la vida espiritual, y la luz que debe servirnos para disipar la oscuridad de la tumba y columbrar desde acá nuestra futura é irrevocable suerte. Por esto Jesucristo, no satisfecho con anunciaros vuestra purificacion, os prescribe la perseverancia. *Manete in me, et ego in vobis*. Permitidme, pues, que siguiendo en todo su espíritu, os hable hoy sobre dos puntos de la mas alta importancia para el hombre: primero, la necesidad suma de la perseverancia; segundo, los medios eficaces de conseguirla.

Venid, Espíritu Santo, y obrad en todos los que al presente rodeamos nuestro seráfico trono, las grandes maravillas con que habéis preparado siempre las preciosas conquistas del amor divino. Purificad mis labios, y abrid á las inspiraciones de la palabra evangélica los corazones de las personas que me escuchan. ¡Oh María, refugio de los pecadores, ruega por nosotros! AVE MARIA.

PRIMERA PARTE.

Para probar, hermanos míos, cuán absoluta es la necesidad que tenemos de no abandonar ni un solo instante la Cruz de Jesucristo durante el curso de la vida mortal, no necesitamos por cierto de buscar estudiadas hipérbolas, ni de pedir á la elocuencia su colorido y sus formas: basta saber, que la inconstancia en los caminos de la salvacion es el hecho importante que derrama toda la luz de la evidencia para explicar esas verdades terribles con que nos amenaza nuestra Madre la Iglesia cuando abre á nuestra vista las Santas Escrituras. El sepulcro es una urna misteriosa en que se revuelven, al parecer confundidos, los destinos de toda la especie humana. De aquí esa mezcla prodigiosa de temores y esperanzas que produce tan diversos y aun contrarios efectos en el carácter, en las ideas y en los sentimientos del hombre: de aquí las fuertes y terribles alarmas que el pensamiento de la muerte suscita hasta en el corazón de los justos: de aquí el empeño que tuvieron los paganos en embellecer la tumba, el conato loco de los impíos en atacar al cristianismo, y el afán de los pecadores en aturdirse para no reflexionar seriamente sobre el inevitable término de todas las grandezas humanas. Una

cosa, pues, hai que esperar, y otra que temer en nuestro advenimiento á la última morada: *la perseverancia final*; hé aquí el bien mas precioso que se puede desear: *la impenitencia final*; hé aquí el mas terrible y funesto accidente que se puede temer. Si se trata, pues, del soberano bien y del último mal, ¿cuál debe ser nuestra conducta? aproximarnos con avidez al primero, y alejarnos constantemente del segundo. ¿Cómo conseguir uno y otro? No hai mas que un solo medio, y es la *perseverancia cristiana*: he aquí mi pensamiento.

Hai en la mente divina un registro misterioso donde están indeleblemente escritos desde la eternidad los nombres de aquellos que han sido reservados en la predileccion del Altísimo para recibir sus promesas y disfrutar su gloria. ¿Podremos lisonjearnos todos, ó algunos de los que nos hallamos aquí, de pertenecer á tan dichoso número? Este es precisamente el secreto que Dios no ha querido revelar á ninguno de los que hacen su peregrinacion por este valle de lágrimas: ¿sabio y maravilloso arcano, que mantiene la vigilancia, y engendra con la humillacion las grandes virtudes que ilustran los fastos del cristianismo! Nadie pues afirmaria sin una criminal y osada presuncion, que pertenece á la grei escogida. Pero el Señor ha querido al mismo tiempo dejarnos conjeturar nuestra suerte y aproximarnos al convencimiento por las reglas infalibles de la fe; y esta certidumbre moral no puede levantarse, por cierto, sino sobre la sólida base de la perseverancia continua. "Sed fieles hasta la muerte, nos ha dicho por su evangelista San Juan, y os dará la corona de la vida." *Esto fidelis usque ad mortem, et dabo tibi coronam vite.*¹

Hé aquí una formal y solemne promesa hecha por el Dueño absoluto de la gloria, y directamente encaminada á sostener y fundar las esperanzas de aquellas almas felices que perseveran en los caminos estrechos y difíciles de la virtud. Cada momento, cada hora, cada mes, cada año que contemos de observar fielmente la lei santa del Señor, son otros tantos grados de probabilidad que tenemos para esperar aquella última y preciosa perseverancia que realizará nuestra felicidad eterna.

Por otra parte, los dias que cuenta el hombre de perseverancia son incuestionablemente una suma gloriosa de triunfos graduales obtenidos sobre sí mismo, sobre el demonio y sobre el mundo. En la carrera de la perseverancia no se camina sino sobre troféos, y por una brillante línea de victorias. El que lleva mucho tiempo de fidelidad al Señor, está ya muy experto en el arte de esta guerra, mas

¹ Apoc. cap. II, v. 10.

difícil que la que sirve de teatro glorioso á los héroes del siglo, goza ya de una reputacion inmensa entre los enemigos que le combaten, los humilla y derrota con increíble facilidad, y tiene tantas armas poderosas cuantos hábitos felices ha conseguido adquirir en el campo de los combates. No podría sin temeridad llamarse invencible, pero tampoco lo pretende, y nadie por lo mismo está mas léjos que él de esa confianza inexperta que precipita de ordinario á los incautos que no han luchado todavía con los embates furiosos de una deshecha tempestad. ¿Pero quién está mas fundado para esperar la última corona? él incuestionablemente, hermanos míos. En los combates del espíritu, el valor, la destreza y la seguridad crecen con los triunfos, mui de otra manera que en los encuentros de los hombres. El guerrero ya envejecido podrá retirarse á gozar de sus memorias; mas nunca precipitarse sin riesgo en el peligroso conflicto de las armas. ¡Cuántos motivos de consuelo no tiene pues el verdadero cristiano, que cuenta ya muchos años de ofrecer al Señor el humilde holocausto de sus virtudes y de su penitencia! Temblará siempre, no hai duda, cuando fije sus ojos en la perspectiva de la eternidad, y contemple la severidad de los juicios del Señor, porque sabe que nada nos aleja del buen camino tanto como la presuncion, y está mandado que obremos nuestra salud con temor y con temblor; pero, ¿con qué aliento, con qué tranquilidad y confianza invocará constantemente las misericordias de su buen Padre, y le pedirá su parte en la rica herencia que aseguró desde las cumbres del Calvario á las almas fieles y á la virtud sublime de la penitencia!

Apelad á la experiencia, consultad á la historia. Una y otra se adunan para confirmarnos á todos en la verdad y exactitud de este concepto. ¿Quién de todos los que me escuchan, quién de todos los hombres, no ha experimentado alguna vez en los demás, y aun en sí mismo, la influencia irresistible de esta grande verdad? Preguntad á esa virgen modesta la causa de tantas prendas felices que la granjean los miramientos debidos al pudor y á la virtud: preguntad á ese jóven recogido, que vive y crece entre las consideraciones de la sociedad y las bendiciones de Dios, el secreto de esa paz inalterable, de esa vehemente inclinacion al bien, la cual se revela hasta en el menor de sus procedimientos: preguntad á ese grave y prudente varon, que sigue sin esfuerzo el curso de sus relaciones domésticas y sociales, guardando la justicia en todo, al través de cuantos obstáculos le oponen sus enemigos, el *por qué* de ese maravilloso incremento de fuerza y de luz que se nota diariamente en el animado cuadro de su conducta: preguntad á ese anciano respetable, que ve

sin zozobra recogerse de continuo el círculo de la existencia, y camina lentamente á la tumba precedido de la fe y seguido de la esperanza, el misterio de esa paz inefable que constituye sus delicias, dejando traslucir la imágen bella de la inmortalidad por entre los vestigios del tiempo y las señales venerables que anuncian la última época de la vida. ¡Ah! no encontraréis ni uno solo que señale y fije la *casualidad* como la causa ú origen de tantos bienes. Todos os dirán que, habiendo sorprendido la imágen de la virtud entre los primeros albores de la vida, ó asídose de ella mediante la penitencia, no han querido perderla nunca de su vista y de sus brazos; que siempre la han contemplado y poseído; que todo lo han reputado por nada en comparacion de ella, y que ningun sacrificio les ha parecido costoso á trueque de conseguirla y conservarla. Ellos os hablarán de tentaciones y resistencias, de ataques y evasivas, de guerras y de triunfos: ellos os dirán cómo las dificultades han ido cediendo con la constancia, y cómo son mas esforzados y expeditos á medida que se muestran mas adictos á la virtud, mas enemigos del vicio, mas vigilantes y precavidos, mas recelosos de sí mismos, y mas confiados en Aquel que los conforta, como dice San Pablo.

¡Feliz mil veces, hermanos míos, el hombre que acertó á comprender el precio de la constancia desde los primeros dias de su penitencia! Mas feliz aquel que, apoderándose de tan útil y santo conocimiento para el bien, no ha vacado ni solo un dia de la empeñosa taréa de su purificacion y santidad! Estas almas privilegiadas subsisten á la vista del mundo para dar un testimonio vivo y constante de la verdad que os predico. Bástales referir la historia de una vida pasada toda en luchas y vencimientos, para demostrar palmarriamente que la constancia en el bien es un argumento de la perseverancia final, y por tanto, un signo moral y dulce de predestinacion.

Abrid, si no, hermanos míos, la historia de los santos: hallaréis en ellos, es verdad, una muchedumbre de diferencias, segun las virtudes que mas resplandezcan en cada uno, así como segun el grado mayor ó menor de elevacion á que hayan ascendido en esta mística escala de perfeccion y beatitud: pero siempre notaréis en todos una cosa que les es comun, conviene á saber: la constancia mas heróica en los caminos de la eterna salud. Advertid con cuidado el empeño, la solicitud, el celo, la vigilancia la oracion, la penitencia, los sacrificios, las austeridades, las humillaciones, y todo lo que piensan, hablan y practican en la carrera de su vida; notad esa delicadeza de conciencia; ese no interrumpido cuidado consigo mismos. No perdonan medio, no desprecian peligro, no se permiten tregua: miran cada uno de los dias que vienen como el principio de su carre-

ra: creen que no han hecho nada mientras algo falte por hacer, y saben que mucho queda por hacer mientras el hombre respira. Observad, por último, cómo cada uno crece en virtudes cuanto adelanta en años, cómo no pasa una fracción del tiempo sin marcar un adelanto, hasta que llega ese día en que, ligeros como la mariposa entre la cubierta de la carne, se lanzan al cielo sin volver atrás la vista, sin inquietud y sin zozobra.

Nada mas natural. Sabéis que nadie se mueve en ningún sentido sin una fuerza impulsiva; que al vicio nos impelen las pasiones desenfrenadas, y á la virtud el concierto de la naturaleza con la gracia. ¿Qué se infiere de aquí? Que si en los santos hai un continuo progreso, un ascenso no interrumpido por la escala que conduce á los cielos, es porque las fuerzas de la naturaleza y las fuerzas de la gracia están siempre, no hai duda, en razon directa de nuestra constancia en los caminos de la salvacion.

Pero en fin, entrad en vosotros mismos, consultad bien á la historia de vuestro propio corazon: ¿no seréis vosotros, católicos, los testigos mas irrecusables de esta importante verdad? ¿Cuándo os habéis encontrado mejor? ¿Cuándo ha sido mas intenso en vosotros el sentimiento de vuestra fuerza para luchar con vuestros enemigos? Bien recordaréis que en aquellos periodos felices de solicitud y frecuencia, de recogimiento y vigilancia, teniais de vuestra parte recursos que fuéron desapareciendo á medida que se apoderaba de vosotros la inercia del espíritu. No habréis echado en olvido aquel disgusto habitual contra todo lo que pudiera frustrar los progresos de la virtud, aquel pundonor del carácter, aquella reserva del corazon, aquel gusto exquisito por todas las cosas santas, aquella impaciencia por adelantaros á la perfeccion, aquella rareza de vuestras caidas, aquella presteza para levantaros, aquella desazon que se apoderaba de vosotros al disminuirse la caridad, y aquellas dulces y copiosas lágrimas de arrepentimiento y amor con que os dirigiais á la piscina sagrada, y volvais al retiro doméstico siempre que se trataba de purificaros. Si: vosotros sois los mejores testigos, y el sentimiento es mas fuerte que la razon para persuadir ciertas verdades.

Y qué, ¿no vendrá la fe á confirmaros en esta dulce esperanza? ¿Contáis, por ventura, con el único apoyo de vuestra pobre y limitada razon? ¡Ah! Dios, que todo lo recompensa, hasta la última lágrima que se desprende de nuestros ojos, abre sin medida los tesoros de su gracia, y la otorga siempre con exacta proporecion á los merecimientos de cada uno. Esta es una verdad en que nos asegura la fe. Con igual certidumbre debemos entender que la perseverancia

final es la perseverancia del albedrío en la sujecion á la lei, y la perseverancia de la gracia sosteniendo y dirigiendo hasta el fin el albedrío. ¡Qué de bellas y profundas instrucciones no nos ministran sobre esta importantísima verdad las Santas Escrituras! Al través de los mismos acontecimientos que solo afectan al parecer el orden de las cosas humanas, descubrimos el pensamiento de Dios: porque en los sucesos del antiguo pueblo todo es figurativo, como bien lo sabéis. Recordad, pues, algunos de los muchos ejemplos que dejaron á nuestra imitacion sus personajes ilustres, y veréis lo que importa para vuestras esperanzas la permanencia constante del corazon en los senderos de la virtud. José *persevera* en resistir las sugerencias deshonestas, y lleva juntas las coronas de la castidad y de la gloria: ¹ Moises *persevera* en su rendida oracion al Dios de los ejércitos, y los ismélitas reportan la mas brillante victoria: ² David combate y rinde á Goliath con su constancia imperturbable: ³ Joab insiste en el sitio de Rabbat, y toma á discrecion la ciudad enemiga: ⁴ Nehemias se sobrepone activo y perseverante á todos los obstáculos, y reconstruye los muros de Jerusalem. ⁵ ¿Qué es, hermanos míos, la vida de Job sino la mas sublime personificacion de la perseverancia? ¡Ah! todo nos predica esta virtud, todo nos muestra su excelsa primacia entre cuanto se dirige á realizar la felicidad.

Pero, ¿qué necesidad tengo de apelar á las personificaciones, símbolos y figuras, cuando Jesucristo Señor nuestro quiso ser tan explícito en este punto? Todo cuanto dijo á sus discípulos en la célebre Pascua es una exhortacion amorosa que les hace para que sean constantes en la práctica del bien. Todas sus promesas se refieren á la constancia: sus tesoros son para el que persevera. "El que permanece en mí, decía, ese da mucho fruto." ⁶ ¿Qué pensamiento, católicos, tan sublime y al mismo tiempo tan sencillo! "El que permanece en mí," es decir: el que sinceramente lo abandona todo por seguirme, el que no reconoce un bien comparable con el que produce mi compañía, el que no codicia otros tesoros que los míos, el que no busca otros goces que los de mi amor, el que no adopta otras máximas que mi Evangelio, ni sale jamas de mis preceptos, "ese dará muchos frutos;" esto es: frutos de sabiduría, de fortaleza, de bendicion y de imperecedera ventura, frutos en el tiempo, frutos para la eternidad." "Si permaneciereis en mí, si mis palabras se conservaren en vosotros, añade, pediréis cuanto quisieréis, y os será concedido." ¿Qué promesa! pedir lo que queramos, con el derecho que nos da

¹ Gen. cap. XXXIX, v. 10.— ² Exodo XVII, 11, 12.— ³ Reg. XVII, 28, 33 y 51.— ⁴ II Reg. XII, 26.— ⁵ II Esdr. cap. IV.— ⁶ Joann. XV, 5.

para esperar lo la palabra omnipotente de todo un Dios! ¿Y por qué Jesucristo es tan amplio y magnífico en esta sublime promesa? porque en la constancia de los justos brilla la gloria del Dios sobre la tierra; porque en la perseverancia de los justos se perpetúan los frutos del Calvario y se sostienen las esperanzas de la nueva Jerusalem. "En esto es glorificado mi Padre, dice Jesús, en que deis muchos frutos, y en que seáis hechos mis discípulos."

De este modo, católicos, la constancia nuestra en los caminos de la salvacion será un argumento práctico de que vamos acercándonos á este bien supremo que consiste en la perseverancia final. ¿Qué mas se necesita para reunir nuestras fuerzas, dar un curso libre á nuestro dolor, y resolvernos definitivamente desde hoy á seguir con fidelidad la carrera de los santos? Pero si esto no basta, convertid á otra parte vuestra vista, y ved en la inconstancia el último grado de certidumbre que en el orden previsivo puede adquirirse, para concluir de ella el último y mas horrible de todos los males, *la impenitencia final*.

¡Verdad terrible y amarga, pero evidentemente comprobada, infalible, y por desgracia mui olvidada en el mundo; despreciada sin cesar, y hollada miserablemente con la conducta de la mayor parte de los hombres! Sin embargo, ¿qué cosa mas naturalmente inferida? ¿cuál tiene mayor número de apoyos? ¿dónde se puede hallar un concurso mas unánime de la razon, la experiencia y la fe? Para negar, católicos, que la impenitencia final es una consecuencia precisa de la inconstancia, nada ménos se necesita que renunciar á la razon, á la historia y á la Escritura Santa.

Basta, católicos, tener una idea de la naturaleza humana, para ver á toda luz, que la impenitencia final es casi siempre un resultado infalible de la inconstancia en los caminos de la salvacion. Cierto es que sin la divina gracia nada podemos hacer; pero tambien lo es que la gracia será estéril en nosotros, si no halla de nuestra parte esa cooperacion activa y eficaz que Dios ha prescrito como una condicion indispensable para nuestra perfeccion y felicidad. Bien sabéis, y aun es un proloquio vulgar, que el hábito es una segunda naturaleza, y por lo mismo, quien está dominado por el poder del hábito tiene contra sí todos los elementos de su misma naturaleza trasformada. ¿Veis esos horribles caracteres que nos alarman á la vista de los mayores crímenes? ¿Veis al bandido que se lanza intrépido sobre la propiedad y la vida, perturbando la marcha del caminante, é interrumpiendo el sueño del hombre pacífico? ¿Veis á

1 Joann. cap. XV, v. 8.

esos infelices, oprobio de la especie humana, que dándose á la exageracion de la bebida, resignando en el toco deleite la inteligencia y el carácter, parecen figurar como una degeneracion de la especie racional? ¿Observáis esos desgraciados que no advierten el valor inestimable de la continencia y castidad sino cuando ya sus entrañas están corrompidas, y ellos encadenados en esa invencible atraccion que arrastra al hombre hácia el sepulcro? ¿Notáis esa impasible frialdad con que pasa por entre las miserias y las necesidades de la vida el avaro, idólatra de sus riquezas? ¿Reparáis en esa susceptibilidad indómita que ya no perdona la injuria, ni excusa la fragilidad, ni resiste la menor contradiccion? pues no imaginéis, oh católicos, que tales caracteres se improvisan. Todos nacemos con la herencia del pecado original; pero nadie llega malvado á la vida: todos traemos sobre nuestras frentes los vestigios de la culpa; pero nadie viene con una hiel y un veneno propios á la existencia. No, vuelvo á decirlo: esos caracteres, que ya no cederian á otro poder sin un rarísimo é inaudito milagro, no se organizan instantáneamente: las inclinaciones los preparan, los actos los determinan, educan y sostienen, los hábitos los forman, llevándolos á su funesta plenitud. Por esto ha dicho el Sabio, que el niño seguirá su sendero, y si en el curso de su temprana vida llegare á extraviarse, vendrá por fin á sorprenderle el último periodo de la vejez en las antiguas encrucijadas del vicio.¹

Nada mas natural. Sábese mui bien que nuestro carácter es una presa que se disputan desde mui temprano el espíritu y la carne; y que en este combate no triunfa sino el que permanece constante, el que persiste intransigible en los caminos del bien. ¿Por dónde ha comenzado ese hombre á quien la sociedad maldice como á un sér corrompido? Ha comenzado por pequeñas faltas, ha seguido con mayor frecuencia de transgresiones, ha terminado por arraigarse en sus hábitos. ¿Os asunta, os alarma verle cómo discurre, cómo habla, cómo se conduce en el curso de todas sus relaciones? ¿Os irrita su impiedad, os incomoda su desearo, os escandaliza su prostitucion? Pues es aquel mismo que os prendaba con su moderacion, os ganaba con su obediencia, os edificaba con su recogimiento, os enternecia con su piedad: es aquel mismo sobre quien formabais los mas bellos pronósticos á la vista de su cristiana educacion, del primitivo fervor de su juventud, del porte caballeroso y digno de su primera marcha. ¿Qué sucedió pues? Cedió á las primeras tentaciones; pero todavía la santa tristeza del arrepentimiento le levantaba: cayó

1 Prov. cap. XXII, v. 6.

en nuevas redes; pero todavía los antiguos instintos de su primitiva virtud le tenían inquieto. Entre tanto sus sentidos le agitan, sus inclinaciones le arrastran, sus placeres le tientan, sus amigos le seducen, sus antiguas fuerzas se debilitan, sus bellos recuerdos se oscurecen, los recursos de la educación se menoscaban, los intereses de la piedad se pierden, la ciencia del espíritu se ofusca, la tierra se abalanza contra el cielo y el tiempo sobre la eternidad al anonadarse en el infeliz las ideas de muerte y del juicio. . . . Mas no desesperéis: todavía brillan algunas chispas en su alma; todavía la campana fúnebre de la noche perturba sus criminales vigiliás; todavía la imágen de la virtud le arranca un suspiro: está corrompido, pero no desesperado: es criminal, pero no impenitente: anda en las juntas de los impíos; pero no se ha borrado de su alma la imágen del Señor. . . . Tal vez un desengaño, tal vez el abandono del mismo mundo cuando ya esté en la miseria, tal vez la consternación de todo un pueblo en una calamidad pública, tal vez una enfermedad cruel que ya le orille al sepulcro. . . . ¡De hecho, católicos! los hijos de Dios se alegran viéndole de nuevo volver al redil; la edificación de sus hermanos le rodea con sus estímulos; la caridad olvida sus extravíos, para contemplar su penitencia. Vedle: ¡qué recogido en el templo! ¡qué moderado en la sociedad! ¡qué solícito para reparar sus escándalos! ¡qué! Pero ¡á dónde voi? ¡Un nuevo cuadro! ¡un fondo nuevo para los sentimientos! ¡otro espectáculo para la desesperación! ¡Desgraciado! Héle otra vez en Babilonia: héle otra vez entre los enemigos de Dios: héle otra vez en la miserable aldea del tirano apacentando animales inmundos y envidiando sus bellotas. . . . Un paso más, y el infeliz desaparecerá de la escena de la vida, dejando á todos abismados entre las luces del tiempo y las sombras de la eternidad. . . . ¡Tal es el poder de los hábitos! ¡tan cierto así, que la impenitencia final es un resultado casi infalible de la inconstancia en los caminos de la salvación.

Considerad, hermanos míos, toda la revolución que los hábitos producen en el hombre, y os convenceréis fácilmente, sin apelar mas que á vuestra propia razón, de toda la verdad y exactitud de estos conceptos. A la formación de un hábito concurre el alma con sus facultades y potencias, concurre el cuerpo con sus elementos y fuerzas, concurre todo nuestro sér. Acordáos, si no, de la escala que ha recorrido vuestra conducta, para la adquisición de los hábitos. ¿Se trata de un hábito bueno? Ya veréis cómo ha sido preciso ir debilitando paulatinamente la influencia de los recuerdos, el artificio de los pensamientos, el prestigio de las imágenes, las vehementes inclinaciones de la voluntad, la prepotencia de las fuerzas físicas, la

excesiva libertad de los sentidos, y tantas necesidades facticias que el pecado había introducido en vuestro corazón. ¿Se trata de los hábitos malos? Notad cómo, aunque á ellos se pasa por un declive, y al impulso de las inclinaciones corrompidas suele llegarse al término con suma facilidad, nunca se obran instantáneamente esas funestísimas trasformaciones: hai mayor celeridad; pero siempre se pasa por diversos grados. Bien es cierto que nuestra naturaleza contaminada todo lo encuentra fácil para perderse; pero no lo es ménos que, cuando la gracia la sostiene, ha menester de mucho para llegar á los últimos estragos de la derrota. Comparad, hermanos míos, la duración, el carácter y la intensidad de las impresiones entre vuestras primeras y vuestras últimas caídas, y estremecéos á la vista del inminente riesgo que corréis para la eternidad, si alarmados hoy santamente, no os asís de la perseverancia continua, como de una áncora de salud.

En los primeros días de vuestra carrera, cuando la inocencia tenía mui vivos aun sus vestigios, cuando las impresiones de la infancia daban á vuestro horror al mal todo el vigor de un instinto, cuando la educación cristiana y el influjo de mil edificantes ejemplos os mantenian mejor dispuestos á la fidelidad que á la inconstancia; ¡qué no era preciso para caer! ¡Qué luchas! ¡qué resistencias! ¡qué mortal desazon! ¡qué de alarmas! ¡cuántas dudas y temores! ¡Cuánto tiempo discurrió sin que vuestra conciencia pudiera recoger todos los datos necesarios para convencerse de una culpa grave consumada con todos sus caracteres de mortalidad? Pero al fin, la desazon misma, la pereza, ciertos compromisos de sociedad, ciertas ligeras condescendencias acometieron á la empresa fatal. Comenzasteis por interrumpir vuestros ejercicios, continuasteis por cortar la frecuencia, seguisteis por distraer á otra parte vuestras ideas, y acabasteis por. . . . ¡me horrorizo al decirlo! . . . por descender, como el ángel soberbio, desde un trono de luz á los abismos del pecado! Sin embargo, el sentimiento de vuestra caída se anunció con estrépito: al golpe de la virtud viniendo á tierra se alarmó vuestra conciencia: vuestro entendimiento, vuestra voluntad, vuestro cuerpo, todo vuestro sér se estremecieron, como al caer una inmensa mole, el estruendo se difunde aterrorizando, y sacude, y hace bambolear todos los edificios, pareciendo querer arrastrarlos á todos á su ruina. Sí, hermanos míos: nada fué sin duda comparable con el efecto sensible que causaban en vosotros vuestras primeras infidelidades! Aquel susto, aquella agitación, aquel disgusto, aquella melancólica situación, aquella pena indefinible: todo estaba revelando que vuestro enemigo no había triunfado enteramente, que no duraría largo tiem-

po vuestra lastimosa esclavitud. De hecho: pronto corrian vuestras lágrimas, se conmovia vuestro corazon, se aligeraba vuestro cuerpo, y os levantabáis, como el Pródigo en busca del agraviado é inconsolable Padre, para volver á la gracia por el humilde sendero de la penitencia.

Permitidme ahora que os pregunte: ¿era este el estado de vuestros sentimientos en las últimas caídas? ¡Ah! despues dejaban apenas lo mui preciso para disgustar á la conciencia; pero la conciencia misma vivía ya en vosotros como un resorte laxado, como un sentimiento sin objeto, como una deidad sin luz, sin poder y sin prestigios. De este modo, católicos, todo va perdiendo con la repetición de las caídas: las impresiones son fugitivas, los temores pasajeros, las esperanzas ineficaces, las lecturas infructuosas, los ejemplos estériles: entre tanto, la vida se adelanta con los años, y los actos se repiten, y la insensibilidad crece, y las pasiones se afirman, y los pecados se multiplican, y los hábitos se forman, y la gracia se extingue, y el sepulcro se abre, y la reprobación se consuma. . . .

¡Gran Dios! ¿qué piensa el hombre, cuando con tal frenesí se precipita, y con tanta frialdad mira su ruina? ¡Ah, católicos! No sería necesario consultar sino solo á nuestra propia razon para confundirnos y estremecernos á la vista del porvenir que se espera á las almas inconstantes y tibias en los caminos de la eterna salud. Pero si aun queréis oráculos mas seguros, mas infalibles, atended: oid al mismo Dios, que os habla; registrad las páginas de ese libro eterno donde cada uno puede hallar los datos para resolver el misterioso problema de su futura suerte.

¿Quién puede pasar la vista por aquella parábola de la vid sin estremecerse de terror y de espanto? “El que no persevera en mí, dice Jesucristo por San Juan, será arrojado fuera como el sarmiento inútil, y se secará, y así seco le tomarán para echarle al fuego, y arderá.”¹ ¿Cuál es, católicos, este sarmiento inútil, que ha de consumirse en su funesta separacion, sino esa alma inconstante que pasa la vida entre Babilonia y Sion, entre el Decálogo y los vicios, entre las tabernas de los pecadores y los tabernáculos divinos? ¿quién es, sino esa alma veleidosa que vive y muere alternativamente entre sus penitencias y recaídas?

“No os convirtáis á todo viento, dice el Eclesiástico, no andéis por cualquier camino.”² ¡Y porqué, hermanos míos? porque no hai mas que un viento favorable, no hai mas que un camino de salud. Por esto el mismo ha creído hallar en el sol una imágen del

1 Joann. cap. XV, v. 6.— 2 Cap. V. v. 11.

sabio, mientras compara al necio con la luna, que está mundándose frecuentemente. ¹ Por esto merece para Jesucristo la burla del mismo mundo quien, habiendo comenzado á levantar un edificio, no pudo llevarle á su término, ² y por esto el apóstol de las gentes ha caracterizado la predestinacion al decir: “Yo he sostenido la mejor contienda, y al terminar mi carrera, traigo íntegro el depósito de la fe, y he conducido la obra á su feliz consumacion: hé aquí porqué aguardo esa corona de justicia que el inmaculado y eterno juez tiene reservada, no solo para mí, sino para cuantos aman su venida.”³ esto es, para cuantos han sabido prepararla con la inocencia ó la penitencia.

“El que habiendo empuñado la mansera, dice Jesucristo, vuelve atrás la vista, no es á propósito para el reino de los cielos.”⁴ Estudiad, ¡oh católicos! este pasaje; acercáos mas y mas con la meditacion á la profundidad de su sentido! ¿De qué se trata? de entrar al reino de los cielos: trátase del supremo bien, trátase nada ménos que de salvarse. Y para esto, ¿qué se requiere? aptitud. ¿Quién negará esta importante consecuencia? ¿Puede concebirse la consecucion de un objeto sin la indispensable aptitud? No. Luego el que no es apto para él no le conseguirá por cierto. Ahora bien, yo os pregunto: ¿quién es el apto? y Jesucristo mismo os responde, que el que ha llevado la obra á su feliz consumacion; y San Pablo os afirma, que el que sostiene su carrera de modo de reportar el premio.⁵ Sí: esta feliz y eficaz disposicion ha de buscarse y reconocerse en esas almas cautelosas y consecuentes, que permanecen firmes é inexpugnables, que trabajan incesantemente en la obra de Dios, íntimamente persuadidas de que su trabajo no quedará sin recompensa; en suma, que han perseverado fieles en la disciplina, como dice el mismo apóstol.⁶ ¿Y quién es el inepto, quién es el que no ha de entrar por tal motivo en el reino de Dios? Oid á Jesucristo. “El que habiendo hechado mano al arado, vuelve atrás la vista, no es apto para el reino de los cielos.”⁷

¿Con cuánta razon entraba el apóstol San Juan en una especie de alarma con solo figurarse que sus discípulos, aquellos á quienes estaba edificando é instruyendo, aquellos cuya suerte futura le agitada sin cesar, cayesen en la tibieza, y comenzando por leves transgresiones, acabasen por perder en un solo momento su gracia, su fuerza, sus méritos y su galardón! “Cuidado, hermanos míos, decia,

1 Ecli. cap. XXVII, v. 12.— 2 Luc. cap. XIV, v. 30.— 3 II Tim. cap. IV, v. 7.

4 Luc. cap. IX, v. 62.— 5 I Cor. cap. IX, v. 24.— 6 Ad. Hebr. cap. XII, v. 7.

7 Luc. cap. IX, v. 62.

no vayais á perder el precioso fruto de vuestras obras; sino ántes bien, mantenéos constantes en la vigilia, para que, llegado el dia, recibáis por último con el reino de Dios la suprema y única recompensa de las virtudes:” *Videte vosmetipsos, ne perdatis qua operati estis; sed ut mercedem plenam accipiatis.*¹

¿Qué mas os diré católicos? Escuchad otra vez al apóstol San Pablo. “Los que una vez fuéron iluminados, y gustaron el don del cielo, y fuéron hechos participantes del Espíritu Santo. . . . si despues de esto han caido, es imposible, dice, que sean renovados otra vez á penitencia; pues crucifican de nuevo al Hijo de Dios en sí mismos, y le exponen al escarnio. *Impossibile est eos qui semel sunt illuminati, et gustaverunt donum caeleste, et participes Spiritus sancti fuerunt, et prolapsi sunt, rursus renovari ad penitentiam: rursum crucifigentes sibimetipsis Filium Dei, et ostentui habentes.*”²

Hé aquí, católicos, una sentencia mui terrible, una sentencia que bien meditada bastaria para hacernos santos, una sentencia que despierta con viveza todos los temores y produce aquellas alarmas que mas de una vez han poblado los yermos de ilustres penitentes. ¿Qué dice aquí el apóstol San Pablo? ¿Qué género de imposibilidad es ésta que inflamó su celo al exhortar á los Hebréos para que perseverasen? ¿Quiénes son éstos que, una vez iluminados, favorecidos con el don celestial y partícipes del Espíritu Santo, no pueden ya, desde que han tenido la desgracia de caer, renovarse con la penitencia? Libreme Dios, católicos, de incurrir aquí en esas exageraciones del celo que parecen arrancar la esperanza del corazon, y hundir en la nada los nobles atributos de la misericordia divina. No os diré que se trata de un imposible absoluto para los reincidentes en órden al Sacramento de la Penitencia; no os diré que esta imposibilidad, si se ha de considerar en aquel sentido, hable de otra cosa que del Bautismo; no os diré que la gracia sabe acomodarse á la naturaleza para desarrollar su poder sobre el corazon humano. Léjos de mí las exaraciones, las figuras, todo artificioso aparato: intento moveros para convertirlos, y no aterrorizaros para perderos. No temo explicaros este sagrado texto, y aplicársle únicamente en la parte mas obvia, natural é incontestablemente admitida. De dos modos ha sido considerada por los Padres é intérpretes sagrados esta especie de imposible; pero segun el que se prefiera, así es la aplicacion que recibe. Entiéndenla unos en un sentido absoluto, y en este caso el Apóstol habla de la imposibilidad de volver á la gracia, mediante un segundo Bautismo; y esto es claro, pues este santo Sacramento no

¹ II Joann. cap. IV, v. 8.— ² Ad. Hebr. cap. VI, vv. 4. et 6.

se recibe sino una sola vez en la vida. Entiéndenla otros en un sentido relativo: creen que se trata de un imposible moral, de una dificultad suma, de uno de aquellos inconvenientes que solamente una gracia extraordinarísima es capaz de destruir; y en este caso la extienden á la penitencia sacramental, bien que con aquellas diferencias que en sí presentan por una parte las especies de los pecados, y por otra el grado de corrupcion de la naturaleza humana.

Permitidme pues, católicos, que llamando el sagrado texto á este último sentido, me sirva de él como de un criterio seguro para valorizar exactamente la esperanza de ciertas almas inconstantes y versátiles para quienes la penitencia sacramental y la misericordia divina son un grato beleño que las calma entre tantas vicisitudes y alternativas como se presentan en el curso de su vida espiritual.

Verdad es que los caminos de la gracia, siempre análogos al carácter divino que ella tiene, no se dejan asir de nuestros sentidos, y á veces aun parecen sustraerse á las miradas de nuestra limitada razon; pero no lo es ménos que sus efectos, modificando nuestra naturaleza, pueden servirnos como un dato cuando se trata de calificar nuestro porvenir en sus relaciones misteriosas con la eternidad.

¿Cuáles son los efectos sensibles de la gracia que nos regenera en Jesucristo por la penitencia? Muchos en verdad; pero yo quiero señalaros aquí tres de ellos, análogos en todo á los que sirven de pauta, digámoslo así, al celo del Apóstol, para pintar la condicion de aquellos que por su inconstancia deben mirar su justificacion como una especie de imposible: primero, la luz de los desengaños; segundo, las felices emociones de la penitencia; tercero, los goces de la virtud. Hé aquí un triple poder con que la gracia remueve, agita, despierta y trasforma del todo á los que, bien hallados en los caminos del vicio, yacen en las tinieblas de las pasiones y duermen sin zozobra en los bordes del abismo. Obrase en ellos el gran sacudimiento: su inteligencia se abre en una region desconocida: una luz misteriosa y nueva les manifiesta su propio rango, disipa sus ilusiones y previene su voluntad: un paso más, y ésta, ya conmovida, se agita en un sentido absolutamente contrario del que le era habitual: se turba, vacila, tiembla, cambia de objetos en sus aspiraciones y repugnancias: retrocede á los antiguos olvidados dias, y vuelve, por fin, á incorporarse mediante la penitencia en el número de los que temen, de los que esperan, de los que desean y de los que aman al Señor. Desde este feliz momento dias mas puros y serenos empiezan á señalar el curso de su existencia. Su entendimiento ha recibido un aumento de luz que ántes no conocia: preséntansele bajo un aspecto maravilloso los dogmas sublimes del cristianismo, las

máximas angustas de la moral: posee ya la ciencia de los santos; se sorprende él mismo con el tino y acierto que distingue sus consejos; halla en el fondo de su corazón una insaciable sed que le agita en busca de los merecimientos y los goces del espíritu: cada día siente más y más la dulce precisión de amar y al mismo tiempo de temer. ¿Qué sucede entonces? Reconoce y admira en este conjunto de gracias los dones y los frutos que anuncian la participación del Espíritu Santo; y siempre feliz en su grata mudanza, parece decirle á Dios como el Príncipe de los apóstoles á Jesucristo en las cumbres del Tabor: "Bueno es permanecer aquí." *Bonum est nos hic esse.*¹

Ved aquí, católicos, todas las maravillas que se obran en un pecador verdaderamente arrepentido; ved aquí esa prodigiosa economía de procedimientos con que la gracia produce la transformación de la alma; ved aquí un bosquejo de la conversión. Esta grande obra nos muestra en la gracia su artífice divino; pero también pone de bulto en la naturaleza sus prodigiosos efectos. Examinad atentamente todos esos cambios inauditos que se obran aun en el mismo orden de la naturaleza: esas luces nuevas, esos sentimientos nuevos, esos goces nuevos, inauditos, y ya sorprenderéis el secreto de esas metamorfosis divinas que han hecho de un perseguidor un apóstol en la persona de Pablo, de una criatura divagada una alma contemplativa en María Magdalena, de un heresiarca un doctor de la Iglesia en el santo Obispo de Hipona; que han trasladado de las calles y plazas públicas de Babilonia, por las soledades de la penitencia y los áridos desiertos, hasta los altares del Santuario á las Egipcíacas y Margaritas de Cortona: veréis, repito, el cómo y el por qué de la verdadera conversión.

En efecto, católicos: la antorcha del desengaño nunca interrumpe vanamente las tinieblas del pecador: el alma nunca recibe sin fruto las primeras y más deliciosas emociones de la caridad; ni los Dones del Espíritu Santo dejan estéril el prado por donde corren. Fácil es en vista de esto profetizar la suerte de esas almas felices que han sido alumbradas por aquella luz, movidas por aquellos sentimientos y enriquecidas por aquellos Dones.

Pero, si el enemigo común, redoblando sus ataques y sorprendiendo el sueño de la tibieza, sacude y postra el árbol corpulento, y le arrastra para incorporarle de nuevo en sus dominios; si el pecado mortal, rompiendo las mal cerradas puertas del espíritu, vuelve por fin á su antiguo albergue, ¿qué sucederá? No os lo diré yo, sino el mismo Jesucristo. Acordáos de sus palabras, cuando salvó al en-

¹ Math., cap. XVII, v. 4.

demoniado, sobre el peligro que corría si no se conservaba bien. Cuando el espíritu maligno ha salido expulso de una alma que posea, lejos de perder la esperanza, va como en busca de refuerzo para nuevos combates, en solicitud de otros siete espíritus, y los convoca, y los reúne, y vuelve con ellos, y ataca, y sitia, y acecha, y espía, y lidia, y seduce, y promete, y atrae, y ofusca, y fascina, y ciega, é invade, y rompe, y entra con sus nuevas legiones á ocupar con ellas la morada que ántes habitaba solo: y ¿entonces? "el último estado de aquel infeliz, dice Jesucristo, es peor mil veces que el primero."¹ ¿Qué sentencia, hermanos míos! ¿qué amenaza tan terrible y tan olvidada! Mas ya que por un efecto de la bondad de Dios estáis dispuestos á escuchar y meditar su palabra, sondead, si os es posible, toda la profundidad de esta sentencia: pero si la justa consideración de vuestras propias tinieblas os hace apelar á otra luz para comprender este lenguaje de Jesucristo, volved al doctor sublime, al insigne comentador del Evangelio, al mismo San Pablo, y él os responderá que el estado de aquel infeliz es peor que el primero, porque "es moralmente imposible que se renueven otra vez por la penitencia los que han tenido la desgracia de volver á caer, después de haber sido iluminados, después de haber saboreado el don de los cielos, después de haber sido participantes del Espíritu Santo."

De hecho, católicos, ¿qué recurso eficaz queda para la conversión á los infelices reincidentes? Yo le busco, y en verdad no le encuentro. ¿Acaso los desengaños? no, porque es imposible que tenga desengaños el que ya está desengañado; y el infeliz reincidente todo lo conoce, todo lo comprende, todo lo sabe. ¿Acaso el delicioso gusto de los dones del cielo? tampoco: raras veces se gusta de nuevo con placer lo que se ha dejado con hastío; y el reincidente no recibirá el mismo sabor que en otro tiempo del maná dulcísimo que le habia regalado, cuando le tome después de repellido con fastidio muchas veces, y tal vez como los israelitas en el desierto, sentirá los efectos de la muerte al comer el fruto de la vida. ¿Acaso los Dones misteriosos del Espíritu Santo, que ántes le habian hecho tan amable la penitencia? ménos: estos Dones parten de un hecho cuya imposibilidad moral acabamos de reconocer: ellos vienen en seguida de los sentimientos del cielo, y de los santos desengaños y disgustos de la tierra.

Hé aquí por qué, á medida que el alma va recayendo en el pecado, sus luces se opacan, sus resortes morales se enervan, sus sentimientos se debilitan; hace una especie de transacción imperceptible entre el espíritu, que la llama á la virtud, y la carne, que

¹ Math., cap. XII, v. 45.

la impele al pecado: ¡cálculo hipotético, fatal, en que todo parece dejarse al curso natural de las cosas, como si la gracia no tuviera medida, ni la naturaleza pudiera gastarse, como si la justicia fuera rival y no hermana de la misericordia, como si todo fuese para el pecado y nada para la gracia, todo para el hombre y nada para Dios, y como si fuera posible que, al cabo de mil y mil vicisitudes, los elementos de la virtud estuvieran en igual prepotencia que cuando empezaban á desarrollarse con tanta magestad mediante la aparición de aquellos desengaños, de aquellas castas delicias, de aquellos tesoros de consejo, de sabiduría, de entendimiento, de fortaleza y de piedad, en el día venturoso de su primera conversión!

No, católicos, no os engañéis: el mayor de todos los males, la mas terrible de todas las situaciones, el mas infeliz de todos los estados, la condicion mas desastrosa, la crisis mas tremenda, el pecado de los pecados, que no puede borrarse sino solo por el milagro de los milagros, pues parece resistir á todos los remedios, no es la soberbia: por ella se perdió el Paraíso, pero Jesucristo destruyó sus efectos, humillándose hasta tomar nuestra naturaleza: no es la avaricia; Matéo el publicano dejó el telonio, bastándole solo no volver á él para ser un apóstol, y el rico Zaqueó vió entrar la salud á su casa desde que ofreció restituir al cuádruplo lo que injustamente habia ganado, y aliviar con la limosna la condicion de la humanidad afligida: no es la impureza; David se arrepintió bañando con sus lágrimas de penitencia los nombres de Uriás y Betzabé, que le recordaban su pecado: no es la ira; Pedro se sometió á todas las pruebas que podian ponerse á la mansedumbre, despues de haber sacado el acero para castigar la insolencia del fariseo, é Ignacio de Loyola sufría las burlas de los niños, despues de haber escarmentado en rudos encuentros á los enemigos de su patria y de su rei: no es, por último, ninguno de esos monstruos que figuran al frente de todas las producciones de la iniquidad; sino la inconstancia en los caminos de la salvacion, á la cual siguen como compañeras, la indiferencia, la tibieza, la vana confianza, la insensibilidad á las inspiraciones de Dios. Este es el peor de los estados, porque el hombre colocado en él, semejante á una máquina gastada, ya no tiene en sí ningun principio de accion, ya no se mueve sino durante el rato imperceptible que el artífice maneja su economía; es decir, para hablar sin figuras: no se mueve, sino de una manera casi mecánica, siempre débil y nunca permanente, al recibir un golpe inesperado, al ver abrirse un sepulcro, al pasar de aquellas vislumbres que suelen herir de vez en cuando hasta los mismos ojos del impío. Estas almas desgraciadas, despues de haber perdido sus tesoros, pierden sus sen-

timientos: la conversión para ellas no tiene estímulos, ni la piedad encantos, y la misma virtud no les presenta ya ni aun ilusiones.

¿Puede imaginarse un estado mas deplorable? Pues bien, hermanos míos: no lleguéis á él jamas; y si os vais acercando, alarmáos, por Dios; retroceded; asíos con toda fuerza de la última tabla para no perecer, abandonados de todas vuestras fuerzas, en esa especie de borrasca que tiene escollos para la naturaleza y los tiene tambien para la gracia. ¿Cómo conseguirlo? Apurando todos los medios para salvaros de la impenitencia por el ejercicio de la perseverancia.

SEGUNDA PARTE.

Si las reflexiones que acabo de hacer os han llamado con fuerza, hermanos míos, vuestro espíritu y vuestra razon hácia la urgentísima, estrecha é imprescindible necesidad de la perseverancia constante en la práctica del bien durante el breve curso de la vida humana, si poseéis en efecto las altas convicciones morales que la perseverancia supone, congratúlome con vosotros de parte de Dios; pues os veo con solo esto introducidos ya en el fondo de los medios que deben ponerse en práctica para perseverar. Porque, decidme: ¿qué disposición mas feliz que la de una voluntad firme y decidida? Cuando la voluntad se ha resuelto del todo, el entendimiento, ilustrado y regido por la verdad, ha triunfado ya sobre el carácter, ha reportado una brillante victoria sobre las pasiones y sus obstáculos, ha engendrado esa especie de convicción íntima que ensancha las fuerzas, difunde la luz, afirma la esperanza y alumbra el nacimiento de las altas virtudes. ¿Queréis, en efecto, hermanos míos, perseverar? Yo os daré el medio, hélo aquí; querdedlo, querdedlo bien, querdedlo con solicitud, querdedlo con vehemencia, querdedlo con todo el movimiento de los instintos, con toda la partura de las inclinaciones, con toda la eficacia de los deseos mas bien formados; querdedlo con una preferencia sobre todas las cosas, querdedlo con decision, querdedlo sin la idea de transigir, querdedlo sin el influjo de los respetos humanos, querdedlo sin esos medios términos donde mas frecuentemente naufraga la virtud; querdedlo contra el influjo pernicioso del ejemplo, contra las delicadas tentaciones del placer y de la vanidad, contra los movimientos siempre indómitos del orgullo, contra los acentos rendidos ó los arrebatos impetuosos de la carne y de la sangre, con-